

Consuelo

Eran hijos de padres que los habían tratado de una manera grotesca, algunos dirían violenta, incluso de muy chicos, y cuando a los treinta y tantos se conocieron y empezaron a confesarse cosas, a descubrir que tenían eso en común —porque así lo veía ella—, le pareció un consuelo enorme y bienvenido. ¡Por fin!, pensó más de una vez durante las primeras semanas y meses después de que empezaran a acostarse juntos, siempre en lo de sus amigos, porque ambos atravesaban un período de transición y no tenían dónde estar cómodos a solas: ella ahorrraba durmiendo en un sofá plegable en el living de un monoambiente en el East Side, en el número veintipico, que compartía con su amiga Susan, mientras que él, también obligado desde hacía poco a recortar gastos, se había instalado más al norte, en una habitación que le alquilaba a una excompañera de trabajo, una mujer mayor que él, intimidante, también llamada Susan. ¡Por *fin!*, se decía Jennifer muchas veces antes de quedarse dormida después de tener sexo, entre sábanas recién cambiadas, en la cama de algún amigo o amigo de un amigo. Y le apretaba la mano con fuerza.

Una mañana, cuando ya llevaban un tiempo viviendo así —era el día después del solsticio de verano, y estaban ocupando el sexto o séptimo departamento que les prestaban por un fin de semana para alejarse de sus Susan—, Christopher se despertó temprano. Corrió la sábana y el cubrecama finito, se dio vuelta, se levantó del colchón ajeno y, dejándola a ella durmiendo, se fue a la cocina de Bert y Lucie para buscar algo de café. Fue revisando las alacenas de melamina, abriendo

y cerrando las puertas blancas. Por la ventana abierta, sin cortinas, podía ver un patio sin árboles y las ventanas de los vecinos, directamente enfrente. No corría ninguna brisa. Vivir sin aire acondicionado o persianas era, pensó Christopher, algo muy típico de sus amigos Bert y Lucie; era una declaración de iconoclasia, libertad o hedonismo, y había más evidencia de eso, de esa declaración ambigua, por todo el departamento: en la preponderancia de objetos de mal gusto de los sesenta y setenta, en los colores chillones del tapizado del sofá y las sillas ovoides, en la enorme pecera donde nadaba una piraña.

Christopher puso agua en la pava y encendió la hornalla. Ahí, en la mesada, al lado de la heladera, estaba la botella de ginebra. ¿Pero dónde estaba el café? Él estaba desnudo.

Se habían conocido a fines del invierno pasado, en una cena organizada por una productora de cine para la que Christopher había trabajado una vez, ocupándose de ciertas cuestiones legales. El esposo de la productora se había sentado directamente frente a Christopher, del otro lado de la mesa, y a la derecha del hombre estaba Jennifer. Poco después de que sirvieran el halibut, Christopher se acordaba de que al tipo se le había caído la servilleta al piso, al lado de la silla de Jennifer, y que se había agachado sin prurito para levantarla, acercándose en exceso. Cuando se agachó le pegó con la frente en el costado de la teta izquierda. Y eso no fue todo. Al enderezarse después de agarrar la servilleta tirada, queriendo demostrar que era consciente de su entorno o quizá simulando cortesía, se echó hacia atrás, para evitar un segundo contacto. Pero en vez de sentarse derecho se detuvo a medio camino, encorvado en una posición incómoda, cara a cara con la teta, y se quedó mirándola de un modo que a Christopher le pareció intenso. Con una voz de simulada formalidad, dirigiéndose a la teta, le gruñó: “Perdón”, volvió a sentarse como correspondía y se empezó a reír, obligando a Jennifer a sonreírles a los demás comensales, como si compartiera el chiste. ¿Pero dónde estaba el chiste?

—¡El amigo de Charlie Harrison! —le gritó ella a Christopher.

Eso fue antes de que sirvieran el café, antes de que ambos corrieran hacia atrás las sillas y se escabulleran para tener un poco más de privacidad (la gente a su alrededor era tan descuidada que la maniobra no les resultó difícil) en un dormitorio.

—Charlie —dijo él, y terminó de masticar. Después pensó: “Dios, ¿para qué sacar el tema?”

Cerca de la punta de la mesa, un tipo que había tomado demasiado derramó su copa en el plato de enfrente, y se armó un revuelo.

—¡Vas a tener que hablar más fuerte! —le gritó ella por encima del ruido—. ¡No te oigo nada!

—¿De dónde se conocen con Charlie? —le preguntó él, alzando la voz.

Ella le contestó a los gritos:

—¡Tampoco diría exactamente que lo *conozco*!

—¡Yo tampoco! ¡O sea, tampoco *no* lo conozco! Lo *conozco* —dijo, ganando impulso—, pero diría, más bien, que ya no tan *bien*. ¡Lo *conocía*!

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué estaba balbuceando?

—¡Te entiendo! ¡Te entiendo totalmente! —le gritó ella—. ¡Por los conocidos!

Entonces se inclinó por encima de su plato, levantó la copa y, en voz más baja, le dijo:

—Me llamo Jennifer.

¿Estaba haciendo un brindis? Él tenía agua en la copa, nada más. Se le ocurrió que quizá ella había tenido una mala experiencia con su examigo, que ella posiblemente se había acostado con Charlie. Se inclinó hacia adelante para acercarse él también. Había una vela encendida entre ambos, y Christopher la sacó del medio. Los ojos de Jennifer eran marrones y algo turbios; procuró no quitarles la vista de encima cuando dijo:

—Es mala suerte brindar con agua.

—Mejor no tener mala suerte, entonces.

Así que él tomó una copa de vino de entre los platos y cubiertos desperdigados por ahí, una que estaba llena pero aparentemente no era de nadie, se la llevó a los labios y fingió darle un sorbo rápido, lo que de todas formas quebraba la regla principal que se había impuesto a sí mismo, una regla que trataba de no quebrar con demasiada frecuencia ni —ya que la mayor parte de las noches, después de todo, era probable que terminara cediendo— demasiado temprano. Pero ya no era tan temprano, ¿no?

—Por la suerte —dijo.

Después, sentada al lado suyo en una cama, encima de la mezcla de abrigos, bufandas y sombreros de los invitados, ella le contó que había trabajado en la industria cinematográfica durante seis años, pero que no se había sentido cómoda, que en ese lapso nunca había dejado de querer pintar. Su madre pintaba, pero nunca llegó a hacerlo profesionalmente, aunque quién sabía qué hubiera pasado de no darle tanto a la botella y las drogas. Esas fueron las palabras de Jennifer: darle a la botella y las drogas. Le dijo estar segura de que cuando era muy chica probablemente había sido feliz, pero que, debido a las cosas que habían sucedido en su infancia unos años después, cosas que habían influido en todos los aspectos de su existencia —¿entendía él lo que le estaba diciendo?—, esos otros recuerdos más dulces, cualesquiera que hubieran sido, se habían esfumado. Su proyecto en aquel momento era aprender a aceptarse tal cual era, un objetivo bastante común, dijo, entre la clase de personas con las que solía juntarse, personas que habían venido de lugares muy lejanos para mudarse a la ciudad porque, según ella, “no tenían un hogar ahí donde habían nacido”.

Esa última frase le sonó como algo que seguramente ella ya había dicho antes, en más de una oportunidad. En cualquier caso, sus palabras fueron una mini revelación para él. Expresaban algo que él había vivido y que sin embargo nunca había sido capaz de verbalizar hasta oír cómo ella le daba una forma concreta, en un discurso que parecía preparado.

—La estoy pasando bien —dijo él.

—Yo también me estoy divirtiendo. Me alegra haber venido hoy —dijo Jennifer, antes de seguir contándole lo mucho que significaba para ella la pintura (tanto que a veces le daba miedo), aunque apenas fuera una principiante.

Le interesaba el realismo, dijo. En eso se diferenciaba de su madre, quien, según le confesó a Christopher en un susurro, era expresionista abstracta, y cuyas ambiciones frustradas —se estaba entusiasmando de nuevo— evidentemente tenían mucho que ver con la angustia que ella, Jennifer, sentía cada vez que agarraba un pincel. En un jadeo, afirmó:

—Necesito apropiarme de la pintura.

Y agregó:

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí. —El tono era insinuante—. Tú.

—No soy artista.

Se quedó callado. Ella esperó. Finalmente, dijo:

—Escribía algún que otro verso cada tanto, en la universidad. ¿Eso cuenta?

—¿Cuenta? ¿Qué quiere decir “cuenta”?

Se rio, y él dijo:

—Bueno, en realidad, supongo que... no sé.

Y entonces, a pesar suyo, se empezó a reír con ella, porque ¿qué otra cosa iba a hacer? Le miró la cara de perfil, preguntándose, de un modo absurdo, si a él le gustaría lo que estaba viendo —lo que vería— a medida que pasaran los años y ella fuera envejeciendo. Tenía, le pareció, la nariz algo pequeña en relación con la boca, bastante ancha. El maquillaje no terminaba de ocultar cierta sequedad en la piel, y el pelo, bien sujeto hacia atrás, hacía que la frente se viera algo estirada. ¿Tendría una expresión menos perpleja sin la coleta? Así y todo, era atractiva; tenía un aire remilgado y prolijo que le parecía sexy. ¿Y quién se creía para buscarle defectos él, con su labio superior tan finito y sus orejas salidas?

Después de pasar un rato más en el dormitorio de los anfitriones, Jennifer exclamó: “¡Me tengo que ir!”; pegó un salto y tiró de su abrigo y su bufanda hasta sacarlos de la pila desordenada, obligándolo a levantarse cuando la ropa de los demás invitados empezó a moverse bajo su cuerpo. ¿La podía acompañar? De hecho, ¿le molestaría saludar a los demás por ella? Claro, le aseguró él, con mucho gusto. ¿Pero dónde había metido los guantes?, eso era lo que ella quería saber.

—¿Te fijaste en tu abrigo? ¿Están en un bolsillo? ¿Tiene bolsillos adentro? ¿No estarán del otro lado? —preguntó él.

Pero no estaban ahí. Ni debajo de la cama.

—Ya van a aparecer —anunció ella, apurada, al salir de la habitación.

Pasaron disimuladamente, dejando atrás a los ruidosos invitados en el comedor.

—Shhh —le susurró él al oído, y ella lanzó una risita.

Él podía sentir el olor de su pelo, un olor dulce, a... ¿a qué? En la puerta de calle no se dieron un beso.

Esa brusquedad de ella en los momentos previos a la despedida (¿acaso despedirse la angustiaba, o sería su creciente claustrofobia lo que la había hecho huir a toda prisa?) era, como Christopher vería una y otra vez, parte de un estilo caracterizado por una variedad de gestos de impaciencia, como revolear los ojos dramáticamente, por ejemplo, cuando a ella le parecía que él estaba tratando de dar lástima. Harían una pareja muy ácida. Pero un poco de sarcasmo, incluso si era en broma —y la velada había terminado siendo muy divertida—, era mucho para Christopher, quien, cuando volvieron a verse, en un café del Village muy apropiado para una no-cita (aunque, de hecho, para Christopher era una cita importante, porque implicaba arriesgar algunos comentarios sobre su propia historia), le dijo:

—Todos se reían de mí.

Había pasado una semana desde la cena donde se habían conocido.

—¿Todos? ¿Quiénes son todos?

Jennifer se cruzó de brazos. Lo estaba midiendo. Llevaba una bufanda de lana rosa sobre los hombros, suelta, como una parisina. En el fondo del local, una mujer con dos hijos pequeños hacían mucho ruido. Christopher levantó la voz.

—Mi familia. Mi familia se reía de mí.

Ella lo interrumpió enseguida:

—Entiendo, entiendo. Todos los que importan.

—Sí, ¿no? —contestó él, antes de agregar, en un tono que ella con el tiempo reconocería como el signo de cierta paranoia—: Por ejemplo, digamos que yo estaba dándole vueltas a algo serio, y lo contaba durante la cena. Estoy tratando de pensar en un ejemplo. No se me ocurre ninguno. No importa. Dijera lo que dijera era lo mismo. ¡Se mataban de risa! ¡Al final me daba miedo hablar! Si probaba contar un chiste o una anécdota graciosa (y no solía hacerlo), se quedaban callados, masticando la comida. Pero aunque me pusiera a leer en voz alta las necrológicas... bueno, las necrológicas no, pero da lo mismo, ¡papá, mamá y mis hermanas se hubieran reído!

Eso la hizo reír: *él* la había hecho reír. Se podía imaginar perfectamente aquella escena espantosa en la mesa familiar. Con Christopher espionando por encima de la página de las necrológicas. Esperaba que él viera esa risa como un gesto cómplice, como prueba de que ella reconocía el maltrato. Y la vergüenza.

En el fondo del negocio, a la mujer le costaba controlar a sus hijos. Habían empezado a llorar. Jennifer giró para mirarlos. Cuando por fin se dio vuelta de nuevo, Christopher le dijo:

—¿Ves? Te reíste. Me exaspera.

Ahí fue cuando ella revoleó los ojos. ¿Se estaba burlando de él? Él bajó la vista y miró su cuchara y su cuchillo, su taza vacía, apoyada algo torcida sobre el platito, su jarra miniatura de leche y la azucarera. ¿De qué servía contarle lo mal que se sentía cuando la gente se tomaba en broma lo que decía? ¿Y si él se inclinara sobre la mesa y le tocara la cara? Ahora mismo. ¿Entendería ella, mediante ese gesto, que cuando

los demás se le reían así era como si lo golpearan? ¿Por qué la gente quería golpearlo así?

—No es tu culpa —dijo él.

—¿Qué no es mi culpa?

—Nada. Todo. No sé.

Qué rojo era su pelo debajo de las luces cálidas del café. A ella le parecía un huérfano escocés, flacucho, pecoso.

—A mí sí me podrías contar un chiste —dijo ella.

—Te va a parecer horrible.

—No me va a parecer horrible.

—No te va a causar gracia.

—¿Por favor? —dijo ella.

El chiste era sobre un caballo, una zanahoria y un tipo de gorra. Cuando ya había contado un tercio de la historia, se detuvo y aclaró:

—El tipo de gorra es noruego. Me olvidé de decir eso.

Empezó de nuevo y, un momento después, volvió a hacer una pausa, antes de preguntar (¿de preguntarse a sí mismo? ¿de preguntarle a ella?):

—¿Era una zanahoria? Tiene que ser una zanahoria, es un caballo.

Del otro lado de la mesita, la vio entrecerrar los ojos. Christopher suspiró —estaba entrando en pánico— y dijo:

—El caballo no lo quiere llevar al noruego porque está deprimido. Está deprimido *el caballo*, no el hombre.

A esa altura él se perdió. ¿Se podía saber qué estaba haciendo? No soportaba la comedia. Le dijo:

—¿Cómo está tu café?

—Bien. Está bueno.

Él pagó la cuenta, salieron y se quedaron parados en la vereda, llena de gente que iba y venía vestida con anoraks y sombreros. Jennifer pensó, viéndolo ahí en esa calle oscura, con las manos enfundadas en los bolsillos de su abrigo, que era una persona decente, un hombre serio, y que quería acostarse con él, pero era demasiado pronto para

eso, y además no sabía cómo iba a poder invitarlo a su departamento, donde Susan seguramente estaría instalada en el sofá del living —el sofá plegable en el que dormía Jennifer—, mirando televisión en remera. Jennifer todavía no sabía que Christopher se sentía en una situación parecida, que en su departamento al norte, en Broadway, otra Susan, de vuelta de su trabajo, estaba ocupada fumando cigarrillos, regando sus plantas descomunales y hablando por teléfono con una voz arrogante, desdeñosa.

Ella dijo:

—¿Hacia dónde vas?

Él contestó:

—Depende, ¿hacia dónde vas?

—Qué altura la tuya —comentó Jennifer, mientras caminaban hacia el oeste.

Lo dijo porque a ella le costaba seguirle el paso. Christopher no entendió, sin embargo, que su cumplido también era una súplica. No aminoró la marcha.

Terminaron en un banco con vista al Hudson, besándose. Él le sintió un gusto ligeramente metálico en la boca, y se preguntó si eso no indicaría un problema de química entre ambos. ¿Harían mala pareja? Sopló un viento del río y se acercaron un poco más entre sí, interpretando el frío como un permiso para acurrucarse en el banco de madera. Él le fue deslizándole la mano por adentro del abrigo. No se molestó en desabotonarlo. Encontró una abertura entre dos uniones, y sintió, a medida que sus dedos avanzaban bajo la lana, la parte de abajo de un pecho. ¿Debía forcejear y meterle la mano en la remera? Podía oír a la gente pasar caminando y trotando al lado suyo. Ella lo besó con más intensidad y, con la otra mano, la que no estaba enterrada en el abrigo, él le acarició la mejilla.

—¡Qué manos heladas! ¡Ay!

Ella se levantó de un salto y, enderezándose y acomodándose la ropa, le dijo (señalando algo más o menos imposible, le pareció a él,

considerando que las luces de la ciudad, sumadas a las muchas otras esparcidas por las colinas urbanas de Nueva Jersey, del otro lado del Hudson, brillaban incesantemente toda la noche):

—¿Viste lo tarde que se hizo?

A los dos días, lo llamó para contarle que una amiga suya se iba de viaje ese fin de semana, y que iba a cuidarle los gatos. ¿Qué tal cenar en el departamento de su amiga? ¿Le gustaba la idea? ¿Qué podía cocinar? ¿Él era alérgico a alguna comida?

—¿Mariscos? ¿Chocolate? ¿Frutos secos?

—No tengo problema con los frutos secos —dijo él.

Jennifer le contó que había empezado un nuevo cuadro después de conocerlo, con colores más audaces, colores que nunca antes se había atrevido a usar, y él le dijo que le encantaría verlo cuando lo terminara, a lo que ella respondió, nerviosa:

—Me parece que para eso falta bastante.

Y después hablaron de lo que habían hecho esos últimos dos días. Ella había trabajado por la mañana, corrigiendo textos, y por la tarde se había puesto a pintar o había ido a clases de pintura, mientras que él apenas había salido de su pequeña habitación en el departamento de su Susan, la habitación donde solía quedarse sentado hasta muy entrada la noche, bebiendo, algo que no le contó a Jennifer. En cualquier caso, ella le dijo que anotara la dirección de su amiga y cortaron, y ese viernes por la noche él fue a cenar a aquel monoambiente donde no había mucho más que un par de gatos Maine Coon y una cama queen size con un montón de almohadas.

—Hola, hola —dijo cuando ella le abrió la puerta.

—Cuidado, cuidado —dijo ella, como queriendo decir: “No dejes que salgan los gatos”.

Él los podía ver detrás de los pies de Jennifer, calculando su escape, moviéndose pesadamente con sus patas enormes y peludas.

—Este es Siegfried. Esta es Brunhilda.

Con un pie, metió adentro a uno de los gatos.

—Adentro, rápido —dijo, y agregó:— Amy —su amiga, la dueña del departamento que estaban por usar de albergue transitorio— es de Maine.

Ella cerró la puerta a toda prisa.

Los gatos parecían un tercio más grandes que cualquier gato doméstico que él hubiera visto.

—Estás preciosa —le dijo a Jennifer, y se preguntó por qué no le había traído flores.

Era cierto, estaba lindísima. No se esperaba esa minifalda de tartán. Ella se desató el pelo y se lo dejó suelto, suavizando lo que antes había causado la impresión de cierta rigidez. Christopher recorrió el departamentito. Todo —la colcha, las fundas de las almohadas, la cabecera, la pequeña cómoda cerca de la puerta principal, el teléfono— era blanco. Hasta había un televisor blanco de plástico. Era un piso alto, y había un ventanal con orientación al este y vista al Empire State, cuya punta estaba iluminada de blanco y violeta. ¿Qué feriado simbolizaba el violeta? ¿Pascuas? Pero faltaban semanas para las Pascuas. Se sentó al borde del colchón, se agachó, con la cabeza entre las rodillas, y se quedó mirando fijo a un animal cabezón que se había metido debajo de la base de la cama:

—Michi, michi.

—Les gusta jugar —dijo Jennifer.

—¿Cuál es Brunhilda?

—Esa —señaló Jennifer—, la hembra.

Y agregó:

—Supongo que vamos a tener que comer en la cama.

Era cierto. No había otro lugar donde sentarse.

—O en el piso —dijo él, aunque no había mucho espacio ahí más allá de la franja de parqué alrededor de la cama (apenas había lugar para abrir el armario) y el recoveco en la pared donde estaba la cocina—. ¿O en el baño?

Ella había elegido hacer halibut en honor a la noche de su encuentro. Ya estaban armando sus propias tradiciones. Mientras él entretenía a los gatos arrastrando una cuerda mordida por el suelo, ella cocinó el pescado en una de las sartenes esmaltadas de blanco de Amy, en el mini anafe blanco de Amy. Se acomodaron como pudieron en el resquicio del suelo entre la cama y la ventana, y apoyaron los platos en las rodillas. Usaron papel de cocina en vez de servilletas. Él probó un bocado y dijo:

—Está riquísimo.

—¿Sí? ¿En serio? Me alegro.

Uno de los gatos se llevó por delante el brazo de Christopher, así que él dejó el tenedor y lo empujó para echarlo.

—No hay problema. Me gustan los gatos.

De hecho, era alérgico. Miró a su alrededor y vio, lagrimeando, un cosmos blanco.

—Siento que debería estar tomando leche —dijo.

—Creo que hay en la heladera.

—No, por favor, era un chiste —protestó.

Esto hizo que ella se preguntara si él se refería a los gatos —¿era eso?—, y que él repasara mentalmente sus conversaciones anteriores. ¿Siempre se había tomado todo de una manera tan literal? Vio que se había quedado perpleja, y sintió lo mismo que sentía siempre cada vez que él se permitía el menor atisbo de humor. ¿Y por qué esos animales seguían viniendo una y otra vez, husmeando alrededor de sus piernas y tratando de golpear con la pata su comida, dándoles a Jennifer y él la sensación de estar siempre levantando y echando a alguno?

—No. Siegfried. No —chistó Christopher.

Le chorreaba la nariz. Jennifer tiró a Brunhilda a la cama, y le dijo que se daba cuenta de que sus ganas de aprender a pintar de un modo que ella consideraba realista... se daba cuenta de que sus intentos de pintar con modelos reales eran un ataque encubierto contra su madre y lo que ella denominaba su visión alcohólica del mundo, un mundo

que le parecía bien representado por las pinturas abstractas típicas de los sesenta que su madre nunca terminaba, o por las que terminaba pero arruinaba cuando seguía pintándolas furiosamente más de lo necesario.

—Destruye su propia obra —dijo Jennifer, y agregó que ella, Jennifer, hacía poco había empezado a sentir que en sus propios cuadros, más figurativos, no solo podía renegar de su madre, sino además escapar de su influjo; su intento de pintar algún fragmento de la realidad representaba su determinación de llevar una vida digna.

Eso es lo que creía. O esperaba. Dijo:

—Cuando estudio lo que estoy pintando, me siento libre de no pintar.

En vez de preguntarle: “¿Qué quiere decir eso?”, él le dijo:

—¿Y qué te gusta pintar?

—Soy una de esas personas que se instalan con un caballete en Central Park.

—¿De verdad?

—Parece un capricho, pero no. Es serio.

—No, no quise decir... No es que yo... yo —dijo, y esta vez (a ella la incomodó haberlo incomodado) Jennifer se rio.

¿Cómo no iba a reírse? ¿No se suponía que las parejas se tenían que reír juntas? Resoplando, él dijo:

—Qué sé yo. Perdón.

—No pidas perdón —dijo ella, y susurró, para consolarlo:— Está bien. Está bien.

Después le confesó:

—Me pongo una boina.

—No puede ser.

—Sí, de verdad.

Cuando se besaron, el gusto metálico que él recordaba de aquella vez en el banco cerca del Hudson, y que luego, al pensar al respecto en su propia habitación, lo había preocupado, ya no estaba. Quizá

lo neutralizó el halibut. Dejaron los platos en el suelo, debajo de la ventana. Pensó que ella estaría nerviosa —¿en qué momento podía levantarse de un salto y ponerle fin a la velada con algún pretexto?—, y eso le infundió cierta aprensión y torpeza mientras le desabotonaba la blusa y le tanteaba la espalda buscando los ganchitos del corpiño. Ella lo ayudó con los ganchitos y los últimos botones de la camisa, y levantó los brazos, para que la pudiera desvestir. Él la tomó de una mano y de un tobillo, atrayéndola hacia sí y haciéndola girar. Jennifer le tiró de la camisa, sacándosela del pantalón con un movimiento salvaje. Detrás de ella, los edificios se extendían hacia el horizonte en el ventanal. ¿Cómo sería llegar a casa y tener una vista así?

Se subieron a la cama, sobre las almohadas; desde ahí podían oír cómo Siegfried y Brunhilda mordisqueaban la comida que habían dejado en los platos. Era obsceno, le pareció a él, aquel ruido de lengüetazos felinos, y sin embargo temía que levantarse y llevar los platos a la piletta pudiera interpretarse como un gesto de higiene obsesiva, explícitamente antisexual. Le sujetó los hombros contra la cama y se inclinó para morderle un pezón. Aunque todavía no conocía su cuerpo, ni sabía dónde presionar, dónde detenerse ni por cuánto tiempo, pudo, aunque le preocupaba que ella lo considerara algo tosco, ponerla en una posición que le pareció —de un modo intuitivo— reconfortante para ambos. Dicho esto, es cierto que ella también tuvo sus momentos de pavor. Siempre le sucedía lo mismo. Se le aceleraba el pulso, sentía la piel pegajosa, y tenía que concentrarse en respirar hondo.

Justo antes de sacarla y eyacular, bajó la mirada y la vio contemplando el Empire State por la ventana. Le apartó el pelo de la frente, le acercó la boca al oído y susurró:

—¿Estás conmigo, Jennifer? ¿Estás ahí? ¿Estás ahí, Jennifer?

Eso la hizo prestar atención. Sus murmullos suaves los excitaron tanto que inmediatamente se convirtieron en parte de su repertorio, su versión de “Quiero que me cojas”.

Más tarde, le contó a Christopher una parte, una parte solamente, de cómo había sido en realidad su infancia. Temía, sin saber del todo la razón, que si confesaba demasiado, si le revelaba todo lo que recordaba de aquellas noches en las que su padre entraba borracho en su habitación, lo iba a perder. Solía sentarse en calzoncillos en una silla al lado de su cama, su padre, o, según le dijo a Christopher, a veces en la cama directamente, y repetirle una y otra vez cómo la quería, y cómo deseaba que los dos pudieran meter todas sus cosas en una valija, en ese mismo instante, y escapar juntos a algún lugar muy lejos, donde ella nunca oiría peleas espantosas del otro lado de la puerta. Todo sería muy sencillo. Pero tenía que elegir. ¿Se iría con él?, le preguntaba su padre, antes de inclinarse más cerca, rodearle el cuello con los brazos y largarse a llorar. Nunca olvidaría el olor de su aliento cuando había estado bebiendo.

Christopher la escuchó cortésmente y después, con un suspiro —era, una vez más, su turno de mostrarle que podía enfrentar su propio pasado—, le confesó en susurros que para su familia él siempre había sido un reverendo inútil, y que por mucho que lo intentara nunca había podido evitar, o siquiera entender del todo, su papel de payaso, de bufón, pero que finalmente había decidido que no tenía importancia, que lo que ellos pensarán de él no lo iba a molestar por el resto de su vida. Ella le preguntó, entonces, si sus padres bebían, y él, sorprendido por esa interrupción, dijo:

—Bueno, ya sabes.

Y ella respondió:

—No, no sé. Vas a tener que decirme.

Así que dijo, un poco a la defensiva:

—Sí. Bebían. Bebían.

Y luego, haciendo un gesto con las manos en la oscuridad, anunció —era como si estuviera prometiendo algo— que podía arreglárselas solo en este mundo. Y aunque no tenía, reconoció, trabajo en ese momento, tampoco le preocupaba. Tenía ahorros, por así decirlo, de su

último y único empleo fijo, como auxiliar en un estudio jurídico donde, como no había tardado en darse cuenta, nunca tendría la voluntad o el deseo de llegar a socio. ¿Para qué iba a seguir trabajando ahí?, le preguntó a Jennifer, sin preguntarle realmente. Le dijo, para cerrar:

—No me preocupa. Puedo encontrar trabajo ocasional como abogado cuando haga falta. Después de todo, la vida es un gran proceso de descarte, ¿no?

Corrió a Siegfried de un empujón, saltó sobre la cama y se quedó mirando las luces de la ciudad. ¿Por qué estaba tan agitado de repente?

—¿Y si tomamos un poco de aire fresco? —sugirió, abriendo la ventana un par de centímetros, dejando entrar los sonidos de las sirenas y los bocinazos de la calle.

Con el correr de los meses, a medida que pasaban del invierno a la primavera y de la primavera al verano, en varios departamentos de Manhattan y una casa de piedra rojiza en Brooklyn, Jennifer y Christopher desarrollaron un patrón de convivencia ya esbozado aquel fin de semana en lo de Amy. Después de llevar bolsos y víveres a la nueva propiedad que estuvieran cuidando, cocinaban sin limpiar, curioseaban por las alacenas y cajones, y se caían en la cama y de la cama, donde, después de coger, a veces también comían. Las cosas nunca tardaban mucho en desmadrarse: migajas en las sábanas, ceniceros y vasos sin lavar y una o dos botellas de vino (a ella le gustaba una copa antes de acostarse) en el piso, líquido derramado en las mesadas de la cocina, sobras endureciéndose en las sartenes.

—Qué desastre —decía invariablemente Christopher cuando les tocaba limpiar.

Y ella respondía, revoleando los ojos:

—Sí, pero es nuestro desastre.

Antes de emprender la huida, ella garabateaba una nota y dejaba un jaboncito envuelto para regalo o una botella de aceite de oliva de calidad (junto con el vino que hubiera sobrado, si es que sobraba algo) en un lugar donde los dueños pudieran verlo no bien cruzaban la puerta.

En algunos lugares la experiencia era mejor que en otros. El de Karen y Peter, un departamento al frente en un edificio sin ascensor de Little Italy, estaba lleno de bártulos y era tétrico, y el inquilino de al lado tenía la música a todo volumen, pero Jennifer, decidida a pasarla bien, vació el armario de Karen en busca de faldas y vestidos para modelar frente a Christopher. Karen tenía ropa fabulosa, y de su mismo talle. Jennifer no tardó en empezar a sacar las cajas de zapatos también, junto con los pulóveres de casimir y los blazers, y en salir del dormitorio para pasearse trajeada de pies a cabeza, con Christopher haciendo comentarios desde su silla sobre lo que le quedaba bien y lo que le quedaba mal. Esa fue una noche divertida. Peor fue la casa de Brooklyn, donde Christopher inundó el sótano cuando usó papel de cocina en lugar de papel higiénico en un baño de arriba, tapando una parte del caño, tres pisos más abajo, que desde hacía años se venía oxidando. Los dueños de la casa, Sam y Beth, se habían ido a California con sus gemelos, Sarah y Miles, al funeral de la abuela de Sam. Christopher y Jennifer se pasaron la mayor parte del fin de semana negociando con plomeros, negociaciones que realizaron sin consultar ni a Sam ni a Beth. Finalmente, vino un hombre que serruchó y reemplazó el caño carcomido, y el domingo estuvieron toda la tarde lavando las toallas que habían usado para limpiar el piso y los diversos juguetes de Miles y Sarah que habían quedado amontonados debajo de la pérdida.

—Eso pasa cuando uno compra en lugar de alquilar —afirmó Christopher esa noche, mientras cerraba con llave la puerta de calle—. ¿Ya estamos?

Y luego de un beso rápido, se fueron a toda prisa a tomarse subterráneos distintos y seguir con la vida que vivían por separado durante la semana.

Más tarde, en mayo, se encerraron en un rascacielos moderno en Madison Avenue. Estuvieron tres días compartiendo lo que debería haber sido un paraíso de ambientes con techos altos, mientras el dueño del departamento, Danny, un amigo de Christopher que había

heredado una fortuna relacionada con el negocio de los grandes almacenes, estaba en Alemania, comprando obras de arte. Era coleccionista.

—Dios mío —dijo Jennifer cuando entraron—. ¿Qué es esta porquería?

Hizo un sonido despectivo, chasqueando la lengua. Se había quedado parada delante de un enorme dibujo colgado en el recibidor. Como todas las obras en las paredes de Danny, era abstracta: un caos en carbonilla de marcas y manchas superpuestas, y borrones que el artista había hecho con tanta fuerza que el papel se había roto en algunas partes.

—¿Te parece muy feo? —preguntó Christopher.

Había ido con la esperanza de que ella estuviera orgullosa de él por haber conseguido las llaves del departamento. Ni se le había ocurrido pensar en el gusto de su amigo. Ella no respondió, así que él dejó las bolsas de las compras en el suelo, se le acercó por la espalda y la envolvió en un abrazo. Apoyando el mentón en su hombro, miró el dibujo desde la perspectiva de Jennifer. Al comienzo, pensó, parecía inconcluso y teatral, como si el artista hubiera estado jugando con la idea del drama del desorden. Pero mientras más lo miraba, más inclinado estaba a opinar algo distinto. ¿Eso no era un reptil corriendo por la parte de abajo del papel? ¿Aquellas no eran caras? Sintió que los músculos alrededor de sus ojos se relajaban a medida que iba desenfocando la mirada; las siluetas de caras y figuras se perdían en las sombras del dibujo, y la obra se volvía más espaciosa y profunda, más íntima.

Espiando de reojo, vio que Jennifer se estaba mordiendo el labio inferior.

—¿Qué te parece? Es un mundo —dijo él.

Ella estaba pensando lo mismo, aunque el mundo que veía no era el mismo. Jennifer veía las paredes blancas y el piso gris porche dentro del estudio de su madre, en particular el piso, sus arabescos borrosos y las pisadas sucias por la pintura que goteaba de los pinceles que su madre sostenía con la mano floja, año tras año, desde que ella tenía memoria.

¿Por qué su madre no la había protegido?

Se sacó los brazos de Christopher de la cintura, entró imperiosamente al living y se dejó caer en uno de los sofás en los que él había fantaseado hacerle el amor mientras escuchaban el equipo de música de Danny.

—¿Por qué no te vas a la mierda? —le dijo ella.

Él se estremeció. ¿Lo decía en chiste? Pero no sonaba como un chiste.

La situación no mejoró demasiado en el living. En una pared había una escultura que parecía un complicado sombrero de tres picos, de copa alta y ala filosa. Y esa pintura encima de la cabeza de Jennifer no podía ser de... el pintor ese, como se llame, ¿no? Afuera, los árboles habían florecido y el parque estaba lleno de vida, con insectos y pájaros. Pero Danny prefería que no abrieran las ventanas del departamento. Era importante que no entrara polvo. Y también les había pedido por favor que no levantaran las persianas durante el día, también para conservar las obras. Quizás eran las persianas cerradas las que habían hecho que el humor de Jennifer empeorará aun más. Christopher se pasó la tarde del sábado solo, casi a oscuras, haciendo zapping en el televisor gigante de Danny. De vez en cuando Jennifer lo llamaba desde el dormitorio. No tenía ganas de salir de la cama, aunque compartiera el cuarto con un grabado de Richard Serra que parecía un sol negro, plomizo.

—Me siento mal —le dijo esa noche, cuando él entró y le preguntó cómo estaba—. ¿Tengo fiebre?

Él le puso la mano sobre la frente.

—Si es fiebre, no es muy alta.

—Ugh —dijo ella.

Charlaron de arte otra vez.

—¿Pintaste esta semana?

—Traté, un día. Había mucho viento y el bastidor salió volando del

caballete. Dos veces. De cualquier forma, no importa. Soy malísima pintando. No sé qué estoy haciendo.

—No es cierto.

—No entiendo el color. No entiendo la pintura. Quiero que las cosas sean más brillantes. No más brillantes, más vivas. ¿Qué estoy tratando de decir?

—¿Intensas? ¿Más intensas?

Ella tosió.

—En parte. También estoy buscando mayor control.

—Control intenso.

—Muy gracioso.

Tosió de nuevo.

—No quise hacerme el gracioso.

—Ya sé.

Volvió a tocarle la frente, y esta vez decidió que estaba caliente. Había levantado temperatura. Dijo:

—Mejor te traigo unas aspirinas y un vaso de agua.

Cuando volvió al cuarto, se sentó en la cama y esperó a que se tomara las pastillas.

—No te me quedes mirando.

—Perdón.

—Me estás poniendo nerviosa —dijo. Le extendió el vaso—. ¿Me podrías traer un poquito de vino? ¿El merlot en la mesada, al lado de la pileta?

—¿Te parece buena idea?

—Es sábado por la noche. ¿A quién le importa si es buena idea?

—Sostuvo el vaso delante suyo para que lo agarrara—. ¿Un poquito? ¿Un poquito, nada más?

Christopher tomó el vaso y salió de la habitación. ¿Quién se ponía a beber con fiebre? Él hacía el esfuerzo de no beber durante esos fines de semana que compartían. No quería que ella lo viera bajándose un pack de cervezas pasada la medianoche, como acostumbraba hacer

en secreto los demás días, las noches que pasaba solo, y había otras cosas de las que no quería que se enterara Jennifer. No había dejado su trabajo exactamente como había indicado cuando resumió el tema la primera noche que pasaron juntos, en lo de Amy. ¿Le había mentido? Había omitido algunos detalles. No necesitaba saber de las libertades que se tomaba él con las licencias por enfermedad, ni de sus periódicos olvidos a la hora de facturarles a los clientes, ni de la humillación que sufrió un día, cuando bajó a escondidas a beber una cerveza en el restaurante anexo al lobby del edificio y uno de los socios, parado en la barra, lo amonestó a los gritos por algún error trivial, y después lo trató de borracho. Y había otra cosa que a Jennifer no la pondría muy contenta: últimamente había estado yendo a pasear a Central Park, buscándola bajo los árboles cerca de Sheep Meadow y de Great Lawn. Mientras paseaba adoptaba una actitud furtiva, nerviosa; se imaginaba que si llegaba a atraparla frente a su caballete, pincel en mano, pintando una imagen del mundo conocido, él podría... ¿podría qué? ¿Esconderse detrás de un árbol y, como un intruso pasado de adrenalina, quedarse mirándola? ¿Llamarla al celular y, simulando estar en cualquier otra parte, darle charla?

Le sirvió el vino y volvió a ponerle el corcho a la botella. Por un momento se sintió orgulloso de no beber nada. En la habitación, le dijo:

—Aquí está.

Ella tomó el vaso. Estaba sentada, usando varias almohadas como respaldo. Dijo:

—Un sorbito me va a ayudar a dormirme.

—Claro.

—Ayuda, antes de irse a acostar, ¿no?

—Sí.

—¿Pasa algo? —preguntó, al notar su tono de voz.

—No. Supongo que no. No.

Miró la silueta de su cuerpo debajo de las sábanas. ¿Cómo decirle qué estaba mal? ¿Qué estaba mal? ¿Era que simplemente no le gustaba verla haciendo lo que él hacía? Sentía miedo por ella, ¿era eso?

—No es nada, estoy bien —dijo, mientras ella bebía.

Pero después le costó dormirse. Se levantó y terminó en la cocina, donde encontró el licor de Danny en una alacena arriba del horno. Fue al living y se quedó sentado hasta las tres bebiendo whisky escocés. Su estado de ánimo evolucionó como de costumbre: a mitad de su segundo trago, supo que llevaba una buena vida. Era un tipo con suerte. Sentía que todo, hasta el vaso que tenía en la mano —sobre todo el vaso que tenía en la mano, de cristal, pesado en la base, cálido al tacto—, era ideal. A medida que bebía, su euforia aumentaba, y así empezó a ver el lujo a su alrededor como propio, de alguna manera, o mejor dicho como un adelanto de lo que sin duda él mismo tendría algún día. Pero después de unos pocos tragos sus pensamientos entraron en un loop muy familiar. ¿A quién estaba engañando? ¿Cuándo iba a tener algo así *él*? ¿Por qué no podía aprovechar las riquezas de este mundo? ¿Por qué nunca habían ido a *bailar*, él y Jennifer, por el amor de Dios? ¿Cuál era su *plan*? Se encontraban, se metían en la cama, saltaban de la cama, se despedían... ¿estaba enamorado? ¿Y ella? ¿O cogían y nada más? Tenían tantas cosas por las que estar agradecidos, tantas. Se tenían el uno al otro.

Se le había entumecido la cara. Bebió un poco más, guardó la botella de Danny, lavó el vaso y avanzó a tientes por el pasillo hasta el dormitorio, donde se quedó parado en calzoncillos al lado de la cama. Las persianas estaban cerradas, y las ventanas, negras. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio que cada ventana —había tres— estaba nimbada de un halo de luz, porque el resplandor nocturno de la ciudad se filtraba por las mínimas rendijas entre las persianas y el vidrio. Sintió el impulso de despertar a Jennifer y mostrarle las ventanas iluminadas, como si fuera un fenómeno único, digno de verse, como

un eclipse solar. Tres soles negros flotaban por encima de ella mientras dormía. Cuatro, contando el Serra.

A la tarde del día siguiente, se despertó a su lado. ¿Cómo se sentía? Un poco mejor, le dijo ella. Él, por supuesto, tenía resaca. Pero no era un problema de vida o muerte, ¿no? Jennifer se preguntó, en voz alta, si le habría contagiado lo que fuera que tuviera ella, y él le juró que no, antes de preguntarle —sin planearlo; se le escapó, sencillamente— si podía ver el cuadro, el que ella había empezado unos días antes de que se conocieran. Con la boca seca, agregó:

—No tengas miedo.

Después de eso, empezó a beber con ella cuando se juntaban. ¿Quién tomó la iniciativa de esa nueva política? Era ella, después de todo, la que no hacía mucho escándalo por un vaso de vino. Siguiendo su vieja regla, él esperaba hasta que hubieran terminado de cenar para servirse su primer trago, así podía beber una cantidad decente en poco tiempo sin arruinar la velada. Cuando él bebía, ella bebía. A veces ella fumaba. Le gustaba pararse frente a la ventana y exhalar hacia afuera, hacia el mundo. Cuando la noche estaba calurosa, abría la ventana de par en par y se apoyaba en el marco.

A fines de junio, hubo una ola de calor. El cielo matutino se tiñó de blanco por el aire apelmazado sobre la ciudad. A veces se oían truenos a lo lejos, pero nunca llegaba la tormenta, nunca caía el chaparrón. La tarde del solsticio, Christopher y Jennifer llevaron valijas, víveres y su pintura —envuelta, para mayor protección, en plástico de burbujas y muselina— al departamento de Bert y Lucie, el último del edificio, subiendo los seis pisos por escalera. A medida que subían, la temperatura se iba haciendo más intensa. Cuando llegaron al rellano, hicieron una pausa para descansar. Ella se apoyó contra la pared y él en la perilla de la puerta, antes de dar vuelta la llave en la cerradura y entrar a los tumbos. Ella fue directamente al baño y abrió el agua fría de la bañera, mientras él llenaba vasos con hielo de las bandejas en la cocina. Se quedó parado delante del freezer abierto, dejando que el vapor le acariciara

la cara. Podía oír a Jennifer chapoteando en el baño, y las burbujas de la pecera de Bert en el living. ¿Qué tenían Bert y Lucie en el freezer? ¿Era la tapa de una botella eso que se asomaba por debajo de dos envases de helado? Sacó la botella de ginebra, la abrió, se secó la cara con un repasador, y volvió a llenar las bandejas de hielo. Afuera todavía no había oscurecido. Habían dejado instrucciones para alimentar a la piraña en la mesada, al lado de la bacha. Christopher llevó el trago por el pasillo y miró la pecera. Le dio unos golpecitos al vidrio.

—¿Dónde estás, pescadito, pescadito...?

La puerta del baño se abrió y se cerró.

—¡Te prepararé un trago! ¡Está en la cocina! —gritó, y la oyó moverse en esa dirección.

Un momento después, sintió olor a cigarrillo. Atravesó el corredor y la vio inclinada sobre el alféizar, con la cabeza afuera, dándole la espalda. Estaba desnuda y húmeda; tenía las puntas mojadas del pelo pegadas a los hombros. Con el pelo cayéndole en la espalda y las tetas orgullosamente al aire, le pareció un mascarón de proa, salpicado por el mar. Christopher guardaría el recuerdo de esa imagen —el culo erguido de Jennifer, recortándose contra el edificio que estaba detrás del de Bert y Lucie y, encima del edificio, las chimeneas y los tanques de agua que coronaban terraza tras terraza en el horizonte— mucho después de haber olvidado lo dicho en esas habitaciones donde ambos se habían convertido en pareja.

Él dijo:

—Hace mucho calor para comer.

La cena estaba en una bolsa en el piso. Apoyada contra una pared estaba su cuadro.

—No me digas.

De su boca salía un humo lento.

Él se apoyó contra el marco de la puerta y agitó el vaso, haciendo sonar los cubitos de hielo, que ya se empezaban a derretir.

—Vamos a tener que conformarnos con esto.

¿Estaba tratando de hacerse el gracioso? La verdad, no estaba seguro. Ella desplazó el peso de su cuerpo de un pie al otro. Sus pies estaban rosa por haberse bañado.

—Está bien. Es verano —dijo ella y, como si lo hubieran ensayado, él estornudó—. Salud.

—Debe estar floreciendo algo en alguna parte.

Ella tiró las cenizas, se dio vuelta y se alejó de la ventana. Le pasó a Christopher por al lado, presionándose contra él por falta de espacio, y fue al dormitorio. La luz mortecina iluminaba un rincón del piso y la pared junto al cuadro. Iba a oscurecer pronto. Ella volvió con uno de los camisones transparentes de Lucie puesto.

Él volvió a llenar sus vasos.

—Por un hogar lejos del hogar.

—Salud —dijo ella.

Con aquel calor, sin comida, tardaron poco en emborracharse. Él se agarró del encaje del camisón y, como si estuviera haciendo un trencito de conga, tratando de imitar el ritmo de la persona de adelante, la siguió trotando por el pasillo. En el living ella encendió una luz, y los dos colapsaron en el sofá de Bert y Lucie y se quedaron mirando la pecera de la piraña como si fuera un televisor, un televisor donde se veían algas de hojas grandes, piedras luminosas y burbujas, pero ningún pez.

¿Estaba preparado para ver el cuadro? ¿Tendría algún comentario para hacer? ¿Qué iba a decir? Necesitaba otro trago.

—¿Vale la pena? —preguntó.

—¿Qué? —dijo ella—. ¿Vale la pena qué?

—El arte. Pintar. Tú sabes.

Eso la hizo reír.

—La verdad es que, a tu manera, eres gracioso. No sé por qué te cuesta tanto aceptarlo —le dijo.

Lo tomó de la mano, y él se dio vuelta para mirarla. Lo acercó hacia sí en el sofá. Él apoyó la cabeza en su regazo. En un minuto él se incorporaría y le preguntaría si estaba preparada para mostrarle el cuadro.

Ella se pondría de pie, caminaría descalza y algo mareada hasta la cocina, lo agarraría, lo traería de vuelta y, después de advertirle: “Puede que no esté terminado, así que no seas malo”, lo sacaría de su envoltorio.

No. En un minuto ella se pondría de pie, y él diría: “A ver, ¿serías tan amable?”, le daría su vaso, y ella iría a la cocina, le haría otro trago poniéndole hielo nuevo, y se lo traería junto con el cuadro. Él procuraría, al hacerle sus observaciones, no alabarla en exceso. Pero al mismo tiempo no querría que ella dudara de su entusiasmo básico, ni de su propio potencial. Si el cuadro estaba logrado, o incluso si no lo estaba, él encontraría y apreciaría algún aspecto: un elemento que reflejara su ejecución técnica y su criterio artístico, como el arco de las pinceladas para indicar la intensidad de la luz gris detrás de los árboles sin hojas, digamos, porque lo había empezado en invierno. O ella podría haber modificado el cuadro con el cambio de las estaciones, pintando sobre los tonos plateados del invierno con los pálidos verdes y turquesas que indican la primavera. Podría haber una figura en la composición, un hombre caminando de prisa por el parque, como él mismo había hecho cuando salía a buscarla mientras pintaba; y quizá, si el cuadro mostraba a un hombre, un hombre como él, al lado de un árbol, una piedra o un banco específicos, o cerca de un sendero que bordeaba las orillas de un estanque familiar, podría reconocer la topografía y hablar con confianza sobre su dominio de la perspectiva, y cómo la luz se reflejaba en el agua exactamente de ese modo, en ese lugar.

Mientras él se imaginaba cuál sería su reacción a la pintura, ella encendió otro cigarrillo. Aunque él no pudo ver la llama, vio su imagen aparecer y desaparecer, espejada en el vidrio de la pecera, y sintió sus manos y brazos moviéndose en el aire por encima de su cabeza. Oyó el sonido del fósforo, la fricción.